Al margen

Aun advertido tiempo atrás —por nuestro común amigo Muñoz Suay— de su dolencia irreversible, me cogió a contrapié la muerte de mi primo Luis. A decir verdad, nada me apetecía unirme al hosanante coro fúnebre: algo que hubiera desatado las furias de aquel cortesísimo atleta desbordante de vitalidad, mentor de mis tempranos escarceos vanguardistas. Pero que semejante concento laudatorio sistemáticamente se constriña a sus logros de cineasta invita a echarse al ruedo, ni que sea tarde. Y es que el Luis Buñuel repuesto en el podio de la fama con los años 50 valió para redescubrir el cineasta de *Un chien andalou* y *L'Age d'or, mas dejaba en el tintero al escritor.*

Para cuando el temprano ayudante del cineasta Epstein y ojito derecho de doña María Portolés, su madre, obtuvo de ésta sus buenos duros de plata para filmar el Chien (1929), llevaba años en las vanguardias literarias: poemas en «Ultra» y «Horizonte» de los Rivas Panedas o en la coruñesa «Alfar». Y más —con crónicas— en «La Gaceta literaria». Contra el síndrome gongorista y el neopopularismo de sus compañeros de la Resi, en el 27 dio a prensas —con el intencionado título *Polismos* (luego iba a ser *Un perro andaluz*)— un poemario que no llegó a editar, si bien lo fue dispensando en revistas de vanguardia, nuestra «hèlix» entre ellas. Y está fuera de duda el reflejo de sus textos y actitudes —más la subsiguiente sublimación cinematográfica— tendrían en la de su inseparable Dalí y en el «surrealismo» de Alberti, Lorca, Hinojosa, Aleixandre...

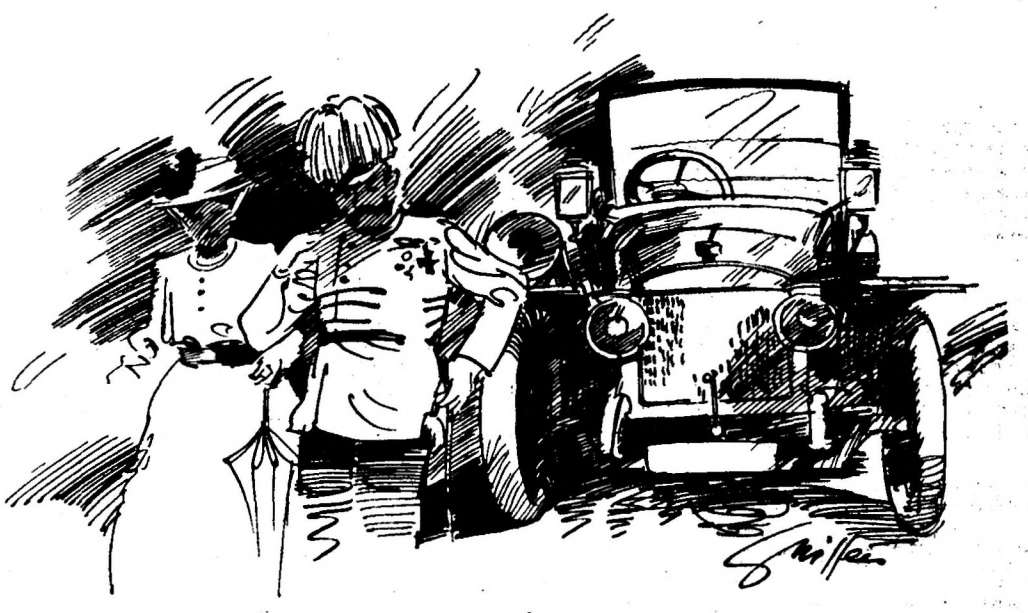
Soberbiamente lo ha puesto en claro el profesor Agustín Sánchez Vidal, en el documentado y subyugante *Luis Buñuel: Obra literaria* («Heraldo de Aragón», 1982).

M.

Días de varia luz

Andrzej Kuśniewicz
«El Rey de las Dos Sicilias»
Traducción de
Bożena Zabaklicka
250 páginas
Editorial Anagrama
Barcelona 1983

La extinción del imperio austrohúngaro en 1914 y la simultánea muerte del siglo XIX, en una inteligente recreación que combina los elementos expresionistas con los hallazgos cinematográficos.



Réquiem por la individualidad

Extraña y bella novela, sorprendente hallazgo la obra cimera del autor polaco Andrezj Kuśniewicz, «El Rey de las Dos Sicilias», aparecida en Varsovia en 1970, a los setenta y siete años de su autor. Es por tanto una novela moderna y leída ahora, cuando justamente acaba de publicarse la traducción castellana, uno se ve inducido a rebasar la sorpresa inicial y admitir que pese al puñado de elementos que parecen obstinados en demostrar lo contrario, ha vivido la grata experiencia de una obra muy actual escrita con ingredientes de ayer. En cierto modo vendría a ser como embeberse en una pintura de Klimt, tal vez los frescos que adornan el cielorraso de la gran escalinata del Burgtheater de Viena, sabiendo que no fueron pintados a finales de siglo, sino con los avances en cuanto a perspectiva y técnica de los años setenta.

Este sería más o menos el curioso efecto que obtendría el espectador. Un efecto que necesariamente le llevaría a intentar razonar las causas que motivaron en el artista el volver la mirada atrás, con la sensibilidad de sus ojos impregnados del mundo de hoy.

Pienso que tal vez se podría aplicar a Kuśniewicz lo que Carl E. Schorske dice de Arnold Schoenberg en la primera década del siglo: «trabajaba casi inconscientemente con camuflaje, utilizando formas estéticas tradicionales para encubrir su obra subversiva». De la frase sólo sustituiría el término «inconscientemente», y «subversiva» por «conscientemente», y «subversiva» por «reflexiva». Haciéndolo así cobra el sentido exacto que define el carácter de la novela de Kuśniewicz. Para verlo claro es indispensable tomar el hilo de la madeja por el principio. El eje histórico de la obra es el 28 de junio de 1914, fecha del asesinato del archiduque Francisco-Fernando en Sarajevo, y los inmediatos preparativos de guerra por parte del imperio austro-húngaro contra Servia. Manos anónimas tiran con calculados movimientos de la espoleta de la bomba cuyas trágicas consecuencias serán la primera guerra mundial.

En torno a este eje gira un impresionante tiovivo de figuras extraídas del desván de los fantasmas. Por una parte la anécdota de un joven oficial austriaco, Emil R., adscrito al regimiento de ulanos que presta su título la libro —Rey de las Dos Sicilias—, víctima de un amor incestuoso, y por la otra el asesinato de cierta joven prostituta zíngara que tal vez —sólo tal vez— tenga algo que ver con la insoportable angustia y los remordimientos del desgraciado aristócrata vienés. Y junto a ellos nuevos oficiales del ejército imperial y otros zíngaros, gendarmes, burgueses, aristócratas, escenas familiares de daguerrotipo, febriles preparativos bélicos, brillantes representaciones teatrales, conciertos, modas, productos de la época, relleves apena esbozados, referencias a personajes históricos, el mundo entre suicida y grotesco de un imperio bicéfalo, ya moribundo, que se desliza veloz hacia el holocausto y arrastra con él a toda una forma de entender la civilización. Hasta aquí el fresco podría muy bien ser atribuido a la estética de Klimt. El novelista polaco lo expresa con un lenguaje simbolista eminentemente poético, en cierto modo cruzado por un pálpito sensual que proviene no tanto de las imágenes recreadas postales de tonos —nocturnales que todavía se cotizan en los mercadillos vieneses—, cuando del intento de objetivarlas que realiza el autor para no caer en la trampa de la nostalgia. Lo consigue de forma magistral. Lo que uno percibe, a la manera impresionista, es el genuino halo la descomposición que exhala toda decadencia, en particular cuando se sabe de antemano que el proceso se consumará en los campos de batalla y la victoria sobre la desolación corresponderá a la muerte.

En el curso de la lectura se me ocurrió que la novela hubiera podido escribirla Thomas Mann, o incluso su hermano Heinrich, pero inmediatamente me hice atrás. Kuśniewicz es un novelista moderno que sabe que la realidad nunca es unívoca, que existen mil conexiones distintas entre causa y efecto y en la naturaleza de ese cordón umbilical nada es gratuito y todo, absolutamente todo, cualquier detalle puede ser lo bastante decisivo, sumado a otros de su mismo o diferente especiedad, para transformar la visión de la realidad última o la naturaleza del destino que preconiza. Kuśniewicz utiliza la técnica de encadenar los diversos planos simultáneos que componen la realidad, y el resultado es una obra espectacular que puede ser valorada desde la analogía de dos expresiones artísticas paralelas a la literaria. Podría ser una pintura de gran tamaño, me inclino una vez más por los frescos, que al mismo tiempo y en un espacio único, sólo que a diferentes niveles y desde una perspectiva omniscente, refleja en esencia toda una época a base de escenas y figuras que son a la vez inmediatas y simbólicas, es decir, de recurrencia múltiple. Se me impone el Miguel Angel de la Sixtina, o el Tintoretto del salón del Gran Consejo del palacio ducal de Venecia. Pero también podría ser un film que mediante una técnica que en este caso le es muy propia, mostrara en imágenes la interdependencia de todos los elementos que determinan una realidad enlazando planos simultáneos que sólo un ojo mágico, omnipresente, puede captar hasta lograr la conformación de una relativa totalidad. Un ejemplo lo ofrece el cine épico-social de Griffith en «El nacimiento de una nación», primera conquista del tiempo en el cine a base de combinar y contrastar planos de acciones simultáneas, con el audaz propósito de suscitar en el espectador la sensación de que lo está viviendo «todo» y en el preciso instante que acontece.

Pero está fuera de toda duda que integrando componentes de la plástica, del cine e incluso de la música —la idea wagneriana del espectáculo total no es ajena a Kuśniewicz, debidamente filtrada por razones de época en la musicalidad romántica de Malher y en los primeros pasos pre-revolucionaris de Schoenberg—, estamos ante una novela a través de la cual, en la misma elección del tema, en la formulación y en su desarrollo, el escritor polaco reflexiona sobre un fenómeno aparentemente lejano que hoy por hoy todavía nos atañe. Es sintomático que hasta el mismísimo instante en que se declara la ley marcial y los trenes militares parten hacia los primeros frentes, el drama íntimo que vive Emil R. y la muerte de la prostituta zíngara gozan en el relato de la importancia que en justicia tienen. A partir del momento en que los convoyes salen al encuentro de un destino que aguarda emplazado en su fatalidad, los dramas individuales quedan literalmente borrados. Nadie investigará ya la muerte de la muchacha, y tampoco nadie verá ni sabrá que Emil R. se ha suicidado arrojándose del tren en marcha —¿del tren de la Historia en un supremo gesto de rebeldía, de negación?—, desde lo alto de un puente. El individuo ha dejado simplemente de ser protagonista. Ya no es ni volverá a ser el centro del universo. En una lectura de los símbolos que bullen en el texto, Kuśniewicz advierte, desde la orilla opuesta del tiempo, que en 1914 arrancó la era de la masificación que arrollaría al individuo para integrarlo en la mística de la colectividad. Se extinguía el siglo XIX en la confusión y el caos, y de semejante catarsis abismal nacía el siglo XX dispuesto, en un tremendo esfuerzo regenerador, a sobreponerse a las ambigüedades y sentimientos de antaño y a replantearse la esperanza en un destino común cuya elaboración era cosa de todos y forzosamente tenía que pasar por un nuevo concepto de la moral humanística.

Sólo que Kuśniewicz escribía esa extraordinaria evocación en los años sesenta y aparecía en 1970, dos años después de las cenizas del mayo francés, cuando el siglo XX de la ciencia del humanismo, intuye un nuevo cambio radical y no sabe cómo afrontarlo. Según Kusniewicz «podría empezar todo desde el principio, pero el final sería el mismo ya que el pasado es irreversible e indivisible en sus menores detalles». Uno se pregunta qué designio infernal yace debajo de ese constante ir y venir sin moverse realmente del lugar. Si el individuo murió en 1914 y la colectividad no ha logrado superar los efectos de la confusión y el caos de 1939, ¿a quién cabe dedicar actualmente las estrofas del réquiem? Esa es la reflexión que invoca la extraña y bella obra de Andrezj Kuśniewicz, su saludable subversion en este agobiante verano de 1983, próximo a un nuevo y enigmático «fin-de-siècle».

Robert SALADRIGAS

El autor: Andrezj Kuśniewicz

Nació en 1904 en una familia aristocrática de Galizia. Estudió derecho, arte y ciencias políticas. Ocupó cargos diplomáticos, especialmente en Francia. Fue miembro de la resistencia francesa y en 1943 los alemanes lo internaron en Mathausen. En 1950 regresó definitivamente a Polonia y en 1956 publicó los primeros poemas a los que siguieron varias novelas. Su obra maestra es «El Rey de las Dos Sicilias» (1970), que obtuvo en París el Premio Louis Séguier de 1978 para literaturas extranjeras.

Letras sobre las Letras

Pionera de libertadores

Así, con toda justicia, llama a la escritora asturiana Dolores Medio la renovada «República de las Letras» (revista no venal, y que por tratarse del órgano de la Asociación Colegial de Escritores, desgraciadamente no está al alcance del público) en una amplia entrevista-reportaje. Allá venimos a saber que la galardonada autora de *Nosotros, los Rivero* (Premio Nadal 1952) poco tiene en común con la protagonista de su novela. Tras la temprada muerte del padre, un trotamundos, la familia se vio literalmente en la calle hasta aportar en la ovetense calle de San José. «Allí trabajamos escribiendo cédulas de la contribución y confeccionando juguetes de madera y papel, que vendíamos en las tiendas. Al mismo tiempo que trabajaba en estas escrituras y confecciones de juguetes comencé a estudiar la carrera de Magisterio. De este modo, a los 14 o 15 años, cuando estaba estudiando para maestra, decidí trabajar como institutriz. Me recogí el pelo en un moño para parecer mayor, me puse unas gafas de sol, y debuté con mis primeros alumnos, que eran los nietos de los marqueses de Villaverde de Limia, que veraneaban en Bóveda, un pueblo de la provincia de Lugo. Por el invierno, en Oviedo, sacaba a los niños a pasear cuando terminaban sus clases». Etcétera, un largo etcétera que incluye pérdidas de empleo y tribulaciones sin fin, éstas a cuenta de la defensa de la libertad (que le costó un mes en Ventas, por no querer pagar la multa gubernativa de 25.000 pesetas). Y la interrumpida publicación de sus obras, desde el ya lejano 1945: 5 volúmenes de relatos, 13 novelas, 2 biografías, una *Guía de Asturias,* el primer volumen de sus memorias *(Atrapados en la Ratonera, 1980).* A los que han de seguir otros tomos de memorias, una trilogía sobre el campo asturiano, un poemario y su Testamento literario. Ligado a éste, la Fundación Dolores Medio para contribuir a que los noveles tengan oportunidad de publicar y que las bibliotecas populares tengan libros. Un legado que confía a la Asociación de Escritores.

Los palos de V.S. Naipaul

Mal librados salimos en la página de «El País» que recoge la reciente conversación que con el angloindio V.S. Naipaul, el autor de la estupenda *Una casa pera Mr. Biswas,* celebra —«la primera entrevista que doy a un periodista español»— Ignacio Carrión. Conocedor de España y de su literatura, al escritor no importa reconocer que «España cuenta muy poco en el mundo. Es la gran nación ignorada. Su literatura contemporánea no interesa... Fuera de la literatura del Siglo de Oro, la literatura española es pésima». Entiende que la retórica es lo que hace insoportables a nuestros escritores contemporáneos, Baroja incluido.

No se muestra más blando con los escritores hispanoamericanos, a quienes culpa de no afrontar la desesperación política y económica, moral también, de sus países: «Huyen por la puerta de las fantasías marxistas (que les exime de responsabilidades concretas) o sacan significaciones simbólicas de todo ello. Esa es su negligencia intelectual, su traición moral. Por eso hay una profunda falsificación en la literatura latinoamericana. Se nota. Es palpable». Y aludiendo a la mitificación que hacen de un pasado que no es heróico, y su negarse a reconocer que deben mucho al imperio, suelta el siguiente exabrupto: «Los catalanes, por ejemplo, hablan de la opresión de Castilla. Y yo, como otros muchos, me pregunto: ¿qué opresión es esa?, ¿es que no deben bastante los catalanes a Castilla, al idioma más hermoso que se conoce?, ¿qué arrogancia tan estúpida es la de quienes hablan así y hacen callar al resto?» Esperemos qué nos suelta en un próximo libro.

Lo que faltaba

Por esas extrañas coincidencias en el biorritmo del mundo editorial, la guapa y buena percha, silenciosa y últimamente destinada al olvido en su destierro continental, la dublinesa Constance Lloyd, una de las favoritas en las páginas en la «Rational Dress Society's Gazette», contemporáneamente ha sido objeto de dos biografías: *Mrs. Oscar Wilde: A Women of Some Importance* (Sidgwich and Jackson), de Anne Clark Amor, y *The Importance of Being Constance: A Biography of Oscar Wilde's Wife* (Robert Hale), de Joyce Bentley. Ambas autoras han sacado partido de las cartas de Wilde, de su biografía por Montgomery Hyde, las conversaciones de Mikhail con el dramaturgo, las memorias de Vyvyan Holland o el estudio que de la progenie del escritor hizo Terence De Vere, etcétera. Pero la Amor, más diligente, ha vaciado además la prensa victoriana y ha tenido acceso a algunos papeles de archivo de los años 90. Con todo, una y otra, son de una angelical ingenuidad en torno al homosexualismo del brillante escritor. Para la Amor, lo que atraía a Wilde eran las bacanales y la bebida, más la asiduidad a music-halls y análogos. La Bentley, por su parte, es categórica al afirmar que en 1888 (la separación de los cónyuges es posterior a 1892) no había en él ni sombra de inversión. Y ambas a dos coinciden en que el corruptor fue el joven lord Douglas. Con el resultado de que Constance Wilde aceptaría, casi gozosa, el papel de víctima (que no le impidió peregrinar por los elegantes balnearios de Italia, mientras el marido se consumía en la cárcel de Reading —para bien de la literatura—, verdad es, pues nos valió la famosa balada).

Se nos olvidaba decir que el joven Wilde había cortejado, también, a otra de las hermosas y elegantes de Dublín: Florrie Balcombe, quien prefirió arreglarse con Bram Stoker, el futuro creador de *Drácula.* Hélas!